

Los pecados capitales de los manchegos

El "bacineo"

EL chisme, el bulo, el arrebajar con la navajilla de la lengua la pulpa del alma, los dimes, diretes, el sabes lo que le ocurrió a fulanita el domingo por la Plaza del Arenal; el acaramelado gusto del palabrerío pertinaz en la Barbería de Venancio, el de la calle Nueva; el critequerío húmedo y otoñal, cuando la piel de la tarde viene hasta los soportales a custrirse rápida y vendimiadora, como la cara arrebolada de una moza que se siente como arañada por el mirar intenso de la cuadrilla anciana del lugar; el se dice, se repasa, has oído, te han dicho, me lo contaron ayer mañana en la taberna de Acisclo; lo comentaban a la salida de misa mayor el día de la Patrona; te vieron a altas horas de la noche transitar por la calle del Monte, a dónde, a qué, por qué iría el muy bribón, si no es de extrañar, tenía que ocurrir, cuando suena el río esque, claro, la sedacude agujereando la garganta, preñada iba desde luego la tía antes del velatorio, se rompe el cántaro de tanto peregrinar a la fuente; lo sabíamos, compadre, lo sabíamos; el comentario recién madrugado y fresco, a medio barrer y regar todavía la puerta de casa, la escoba debajo del brazo, eternísima la permanencia, con lo que hay que hacer, hija, no oíste anoche las voces, el repiqueteo nervioso y como con fiebre del llamador, el portazo después, el ansia inagotable del silencio, mujeres de luto que cuchichean, insinúan, no digas que te lo he referido yo, como me lo contaron te lo cuento, si a mí no me la daban, chica, esto no ocurría antes, si la madre viviese, la pobre, con lo curiosa y lo decente que era, él al fin y al cabo diferente, que no se sabe de donde provenía el año aquél de la peste de langosta, te acuerdas, Gertrudis; el aumentar, añadir, poner, sobreponer, echarle más leña al fuego de la murmuración; disminuir, remendar, pues, carajo, no es así como lo estaban bisbeando en el mercadillo del Parque viejo, el muchacho —se ve desde lejos— del marido no es, trazas de guerra ha tenido toda la vida, con esa mata de pelo negro suelto que hasta los pechos le llegaba siempre, malcriada, arrabalera, éso es lo que es; el aumento del volumen de la voz, más ancho, más alto, creciente como marea, voluptuoso, apresurado; ya ha

encendido las siete velas a San Donato el Sacristán; hoy predica un fraile del convento; has visto los pantalones claros debajo de la sotana del hijo de la Frébedes, el que estudió en Coria, zapatos de color que lleva; ya no son los curas como don Eliseo, don Alfredo, don Especioso; ay, Dios mío, Santo fuerte, Santo inmortal, sin pecado concebida; que hasta el obispo se toma su chatito de vino en el Alhambra; va a principiar en seguida la santa misa, cállate ya, hija; el parsimonioso, lento, macizo, cachazudo, las moscas qué pegajosas son, ya está la boina repleta de vuelos negros, constante, permanente, qué te estaba diciendo, runruneo en espiral, caracol saca los cuernos al sol, del conversar, sugerir, decir, retornar otra vez la frase sobre la frase misma, albarda sobre albarda, del Casino de la Concordia: que ocurrió muy cerca de "Quitavidas", que fue mucho antes de llegar a la quintería de "Quiéreme"; el grandullón ése se ató un remolque a los testículos y tiró, de él, o una noche que no tenían sardinas de aperitivo en "La Uticia" se fueron a comérselas a Santurce; él la mató con el cuchillo de desollar gorrinos, venía de Ruidera todas las semanas, pero yo no lo ví, te lo juro, joder, que luego vais por ahí pregonando que he sido yo quien lo comentó con pelos y señales, a lo mejor no es verdad, que por acá somos muy habladores, y el chisme, el bulo, el arrebajar con la navajilla de la lengua el fondo del perol de la conciencia, meterse en las cosas y las casas de los demás, el figonear en la alcoba del vecino, lo que requetebuena que está la hija, qué caderas, cómo una galera de mies de las de antes se contonea, es muy propio de estas aldeas y estos pueblos donde luego, ya sabes, compadre, no ocurre nada, ni se apedrearon los melones, ni se les asustó el juego de la brisca en su mesa de camilla a la pareja de policía, que estaba de vigilancia aquella noche; ni fueron los de la banda del Chupete los que varearon a los curas por la calle del Charco, que fui yo, sabes, yo, ostras, Pedrín, ojalá, o tú, pinchauvas, nadie, nadie, numerosos nadie; nadie sabe nada de nada, suposiciones, habladurías, porque qué va a ocurrir aquí, primor, si el pueblo, todos los pueblos, redondos y anchos como una enorme rueda de

carro coincidente con el horizonte, están siempre en cuclillas frente al sol y el inexistir enteros; creíamos, nos parecía, pero dése usted cuenta ahora, señor, cómo se encoge y se aprieta la anchura lo mismito que un corsé, que ni permiso tiene uno aquí para el respiro, madre, suposiciones, eso, habladurías o bacineo, que quién se libra en La Mancha de que le cuelguen su sambenito.

EN los pueblos y lugares mangos se les da de órdago el bacineo. El bacineo es pariente espiritual muy gemelo del alcahueteo, y éste no es sino ése violento salpuldido que sobre la piel del aire levanta la palabra, o ésta, niña mía, ya no lo es; se convirtió en "spray", en pintada, la cal de estas tapias ruborizándose, semántica vuelta del revés, diretes, dimes, palabrejas, palabrillas, palabrotas que disparan con sordina, tijeretean, quitan, ponen, añaden, merman la conducta, la intimidación, el amor, los besos, los vasos, las partidas de nacimiento, las primeras comuniones, las bodas, los entierros, entradas, salidas, figoneos, fiestas, dolores, visitas, compras, ventas, llantos, risas, desnudeces, vestidos, colores, muebles, ventanas, fachadas, enemistades, amistades, viajes, vacaciones, esposos, esposas, queridos, queridas y la madre que les trajo al mundo de todo el vecindario en general.

La palabra que, por los pueblos y aldeas manchegos graba con tanta desenvoltura pegatinas en la frente del prójimo, de la prójima, del camposantero, de la chica más chica del caporal no es ya, ay dolor, palabra, sino bacineo, mala leche; pero si no se cotillea para acá en qué coño, va a entretenerse el personal aquí, o qué sentido tiene, oiga, echarse un traguete de zurra en el patio con los amigos, o salir al mediodía un ratejo por la calle de la Feria.

A la hora del señormíojesucristo en las aldeas y pueblos manchegos, señor cura, entiéndanos usted, no existe más arrepentimiento que el de la murmuración, otros pecados para qué se van a cometer, pues luego los aumenta el pregonero de la villa.

Valentín ARTEAGA